

Letras de Costa Rica

Margen de márgenes, la escritura costarricense, como la del resto del área centroamericana, es protagonista involuntaria de ese doble destierro que, en la marginalidad ya endémica de América Latina, dibuja un segundo aislamiento que incita a tributos funestos. Sumergida en su propio laberinto, a la busca de una identidad histórica y literaria robada por el desdén de los canales habituales de información, se debate entre esa condena a la sombra y la violencia tácita o explícita que a lo largo del siglo asola la brevedad de su territorio. La crítica oficial, ocupada en transitar las vías fáciles de asfalto y neón propiciadas por los media, relega este pequeño universo a un silencio apócrifo, ciega a un latido secreto que es ajeno a los mapas y catalogaciones al uso.

Prisioneras del olvido, al igual que tantos otros espacios del continente americano, las letras costarricenses insisten en ostentar firmes la fragilidad de su sueño, que fluye constante y subterráneo, en la certeza de que el horizonte es la única frontera posible; de ese sueño son testimonio las páginas que siguen, aviso para caminantes que quieran arriesgarse más allá del cliché de un paisaje edénico. Y sin renegar del sabor a mares y volcanes, de la presencia del quetzal mítico que burla el sabor a mares y volcanes, de la presencia del quetzal mítico que burla el saqueo civilizador o de los prodigios de una naturaleza majestuosa y abrumadora, las letras ticas son, en su paradoja, metáfora del paraíso pero también trasunto del infierno que sus anhelos de paz -patentes en medio siglo de proscripción de fuerzas militares en sus estructuras sociales- aún no han logrado dominar. Paisaje literario que se hace encrucijada de la pluralidad, crisol de voces que se aferran a la patria íntima, ya desde las trampas de la urbe o las emboscadas de la muerte, ya desde la belleza humilde de la cotidianidad.

Algunos nombres de ese ámbito -Joaquín García Monge, Carlos Luis Fallas, Yolanda Oreamuno, Max Jiménez...- son apenas ecos que siembran el siglo con señales y destellos de un mundo por descubrir. Tal vez sea ya tiempo de que se conjure el silencio y se abran las compuertas a ese río fecundo, al rumor irrenunciable de sus sílabas de agua, hasta alumbrar esa escritura invisible cuya factura es índice de su dignidad. De la mano de reconocidos especialistas en la materia, estas páginas quieren ser síntoma de la elocuencia de ese silencio.

Selena Millares